

# **SANTOS PEDRO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES**

**Día 7 de junio**

**P. Juan Croisset, S.J.**

**Fn la sangrienta persecución que suscitó contra los cristianos el rey de los sarracenos Abderramán en Córdoba, capital de su reino en España, por los años 851, entre otros ilustres mártires que padecieron en ella por la fe de Jesucristo se admiró el valor, fidelidad y constancia de Pedro, Walabonso, Sabiniano, Wistremundo, Habéncio y Jeremías, que fueron víctimas del furor de los bárbaros, cinco días después que consumó San Isaac su sacrificio.**

**San Eulogio, testigo ocular de sus triunfos, compañero después en el martirio, nos ha dado una relación histórica y hechos de estos gloriosos héroes. Pedro, sacerdote, natural de Ecija, ciudad considerable en la Andalucía, en otro tiempo llamada Astigi, y Pablo, diácono de Niebla, antiguamente Elepla, en la misma provincia, habían venido en su juventud á Córdoba, con el objeto de instruirse en las letras humanas y sagradas; el amor á la virtud que ardía en el corazón de ambos, y el deseo de buscar asilo para conservar inviolable la inocencia, libres de los peligros del mundo, les hizo conducirse á la escuela de un gran siervo de Dios, llamado Frugel, superior del monasterio de Santa María de Gateclara, pequeña población, situada al Occidente de Córdoba; y los fecundos talentos é incesante aplicación en el estudio les dio á conocer, bajo la dirección del insigne maestro Frugel, la verdadera inteligencia de las Santas Escrituras y el mérito de las virtudes cristianas. Sabiniano, originario de Froniano en el territorio de Cordoba, del lado de las montañas, se**

había consagrado á Dios en un monasterio de la diócesis, donde hacía muchos años que observaba la vida austera, contemplativa y penitente de un perfecto religioso. Wistremundo era un joven de Ecija, como el sacerdote Pedro, nuevamente profeso en la abadía de San Zoilo de Armelata, Almelaío ó Guadalmelato, situada en las montañas desiertas al septentrión de la misma Córdoba, donde se hallaba también Sabiniano retirado. Habencio, natural de Córdoba, vivía dedicado enteramente al servicio del Señor en el monasterio de San Cristóbal, situado en la misma ciudad sobre la ribera del Guadalquivir, tan retirado del comercio de los hombres, que sólo se dejaba ver por una ventana pequeña, de los que venían á visitarle. Jeremías, natural de Córdoba, hombre poderoso y de la primera nobleza, casado con Isabel, señora de grande mérito, después que vivió en el mundo sirviendo á Dios con toda su familia con una piedad ejemplar, habiendo fundado dos monasterios, uno para hombres y otro para mujeres, cerca de Tabana, poco distante de la ciudad, se retiró á uno con sus hijos, y al otro su mujer con sus hijas, con el laudable objeto de atender solamente al negocio importante de la salvación. Todos estos seis bienaventurados se hallaban en Córdoba en tiempo que Abderraman y sus ministros querían obligar á los cristianos á que renunciassen la fe de Jesucristo y abrazasen los groseros errores de la secta mahometana; pero armados todos de aquel valor y espíritu que constituye el carácter de los héroes cristianos, siguiendo el ejemplo de los ilustres mártires San Isaac y Sancho, se presentaron al juez árabe y le manifestaron que á sus corazones animaban los mismos sentimientos que á sus hermanos, y empezaron á predicar públicamente la religión y la fe que profesaban, asegurando que sólo en ella hay vida, felicidad y salvación para los hombres.

Estimó el juez árabe por el mayor atentado

resolución tan generosa, y advirtiendo en la santa comitiva que era una la voz, el alma y el objeto, hizo caer contra todos una misma sentencia de muerte mandando que los decapitasen; pero, irritados sobremanera contra el venerable anciano Jeremías, á causa de algunas expresiones que vertió llenas de fuego contra el falso Profeta al tiempo de la confesión, quiso que, antes que sufriese el último suplicio, despedazasen su cuerpo los verdugos con crueles azotes, en cuyo castigo murió gloriosamente. Conducidos los cinco al lugar de la ejecución de tan injusta providencia, se iban alentando mutuamente á padecer por defensa de la fe, mostrando en sus semblantes una alegría tan extraordinaria como si fuesen convidados á un gran festín. Por último, el día 7 de Junio del año 851 fueron degollados, logrando por este medio la corona del martirio, por la que habían suspirado tanto tiempo. No satisfecho el furor de los bárbaros con este castigo, después que tuvieron sus venerables cuerpos atados á unos palos algunos días, los quemaron y arrojaron sus cenizas al río Guadalquivir, para que los cristianos no pudieran tributarles la veneración correspondiente.

## **SAN PABLO, OBISPO Y MÁRTIR**

Fue San Pablo uno de los más esclarecidos confesores de la divinidad de Jesucristo, y nació en Tesalónica de Macedonia, hacia el principio del cuarto siglo. Criáronle sus padres en el santo temor de Dios, y, habiéndole dotado el mismo Señor de una índole apacible y de costumbres muy inocentes, en breve tiempo hizo maravillosos progresos en las letras humanas y divinas, pero singularmente en la importante ciencia de la salvación.

Fue enviado á Constantinopla, siendo patriarca de aquella ciudad San Metrófanes, y desde luego se hizo

**admirar en ella su ingenio, su elocuencia y su eminente virtud; de suerte que, admitido en el cuerpo de la clerecía, fue nombrado por secretario del presbítero Alejandro, señalado por San Metrófanos para asistir en su nombre al célebre Concilio de Nicea. El año 318 sucedió San Alejandro á San Metrófanos, y, conociendo el singular mérito y la elevada virtud de Pablo, le ordeno de presbítero y le encargó el cuidado de distribuir al pueblo el pan de la divina palabra.**

**Desempeñó tan felizmente este sagrado ministerio, que en breve tiempo mudó de semblante la ciudad de Constantinopla, inficionada ya de muchas herejías y desacreditada con la licencia de las costumbres. Pocas horas antes de expirar San Alejandro, protestó á su clero que no había sujeto más digno de sucederle que el santo presbítero Pablo; y por más artificios que usaron los arríanos para que la elección recayese en Macedonio, pudieron más los católicos, y fue Pablo electo y consagrado en la basílica de la Paz, con universal aplauso de clero y pueblo.**

**Tenía Macedonio tanta ambición por aquella dignidad como pocos deseos de ella nuestro Santo, y no perdonó á diligencia alguna para desacreditarle, procurando manchar su reputación con las más feas calumnias; pero, viendo el ningún fruto de sus esfuerzos, afectó mucho arrepentimiento y se fue á echar á los pies del nuevo obispo, que le recibió con ternura, y, juzgándole sinceramente convertido, le confirió los órdenes sagrados hasta elevarle á la dignidad de sacerdote.**

**En medio de eso, aunque no tenía fundamento la acusación, como era una tela que habían urdido los arríanos, no la dejaron olvidar. Era como el jefe de esta secta Eusebio de Nicomedia, y le pareció que,**

sosteniendo las acusaciones de Macedonio tendría crédito y le sobrarían parciales para perder al santo prelado. Estando como sitiado de eusebianos el emperador Constantino, llenaron de tantas calumnias sus imperiales oídos contra el patriarca Pablo, que le desterró al Ponto, pero sin permitir que se pasase á elegir otro en su lugar; y no volvió el Santo de su destierro hasta que, muerto el Emperador, salió el famoso decreto para que volviesen á sus iglesias todos los obispos desterrados.

Fácilmente se puede discurrir el gozo de las ovejas cuando vieron volver al santo pastor. El primer sermón que predicó á su pueblo encendió en todos los estados el celo y fervor, no acertando á admirar dignamente la mansedumbre, la paciencia y la caridad del santo patriarca.

Pero no duró mucho la calma. Sucedió Constancio á su padre Constantino, y, teniendo la desgracia de dejarse preocupar de los arríanos, no bien llegó á Constantinopla cuando dio muestras de su indignación contra San Pablo. Mandó que se juntasen todos los obispos que se hallaban en la corte, y todos estaban inficionados del arrianismo. Hubo poco que hacer en substanciar la causa; y sin ser siquiera oído el santo patriarca, fue depuesto como indigno del obispado, y colocado en su lugar Eusebio, el mismo que había forjado las calumnias y las acusaciones contra él.

Dio nuevo lustre á su virtud la tranquilidad y la humilde alegría con que recibió este nuevo sonrojo; pero, considerándose inútil á su pueblo, favorecido del emperador Constancio, se retiró á los estados de Constante. Noticioso del benigno recibimiento que este religioso príncipe había hecho á San Atanasio, pasó á buscarle á Tréveris, y fue recibido de él con grandes

muestras de estimación, prometiéndole su imperial protección con su hermano Constancio. Era á la sazón obispo de Tréveris San Maximino, y, conociendo el mérito de nuestro Santo, hizo cuanto pudo para que no experimentase las incomodidades del destierro.

Poco tiempo después partió para Roma, donde se hallaba también San Atanasio y algunos otros obispos orientales de los desterrados y perseguidos. Distinguióle mucho entre ellos el papa San Julio. Convocó un concilio en Roma, donde fue examinada la causa de muchos obispos de Oriente, perseguidos é injustamente despojados por los arríanos, á todos los cuales los restableció el Papa con su autoridad, mandándolos volver á sus iglesias.

Facilitó á nuestro Santo el restituirse á la suya la muerte del usurpador Eusebio, que sucedió el año de 341; pero como el partido de los arríanos no se había enterrado con Eusebio, conducido por sus dos jefes, Teognis de Nicea y Teodoro de Heraclea, ordenó al presbítero Macedonio, que se había hecho arriano, y después se hizo heresiarca. Apoderóse de la Silla Patriarcal, acompañado de los sectarios, y quiso ser reconocido por obispo de Constantinopla. No pudieron sufrir los católicos que el legítimo pastor fuese arrojado de su Silla tan injustamente, y se encendieron de manera que paró la disputa en una especie de guerra civil.

Hallábase el emperador Constante en Antioquia, y, prevenido siempre contra nuestro Santo en favor de los arríanos, dio orden á Hermógenes para que pasase por Constantinopla y echase á Pablo de la ciudad. Fueron tantas las violencias que ejecutó aquel oficial, que, irritados el clero y el pueblo contra él, no bastó toda la elocuencia del santo pastor para sosegarlos, ni pudo estorbar que tomasen las armas para defenderle.

**Creciendo el tumulto por la imprudencia de Hermógenes, le costó la vida, sin serle posible á San Pablo el retirarse. Noticioso el Emperador de lo que pasaba en Constantinopla , partió de Antioquia y descargó toda la cólera contra el santo patriarca, á quien trató con la mayor indecencia, arrojándole de la ciudad.**

**Pero estaba la dificultad en poder salir, porque los católicos guardaban las puertas día y noche, protestando altamente que antes perderían todos la vida que perder á su santo obispo; mas el caritativo pastor dispuso que secretamente le bajasen por la murla dentro de una cesta, y con el mayor secreto que pudo se retiró á Tesalónica, lugar de su nacimiento. Cuando se supo en Constantinopla la fuga del santo prelado, fue extrema la desolación de todo el pueblo, y, llegando el suceso á los oídos del emperador Constante, el año siguiente fue llamado, y por la tercera vez restituido á su Iglesia.**

**Había consentido Constancio en esta restitución por fuerza y contra su voluntad, por lo que dio entera libertad á los arríanos para que le persiguiesen cruelmente, y no cabe en la ponderación lo que por espacio de cinco ó seis años le hicieron padecer aquellos enemigos de Jesucristo.**

**Hacía mucho tiempo que los obispos perseguidos del Oriente clamaban por un Concilio general; consiguieronle, en fin, y se celebró en Sárdica el año de 347. Hallóse en él San Atanasio; pero á San Pablo no le permitió concurrir el clero ni el pueblo de Constantinopla, temiendo alguna emboscada de sus enemigos en el camino. Depuso el Concilio á Macedonio, y confirmó á San Pablo, dando solemne testimonio de su inocencia.**

**Comenzaba el santo patriarca á gobernar su Iglesia con alguna paz, cuando murió el emperador Constante el**

año de 350, y con esta ocasión volvió á excitarse la persecución contra él. Libre ya Constancio del respeto y del miedo en que le tenía su hermano, mandó prender al Patriarca, y, cargado de cadenas, le envió primeramente á Singares, en Mesopotamia; después á Emesa, en Siria, y en fin á Cucusa, en los desiertos del Monte Tauro.

No es de admirar que los arrianos hubiesen perseguido tan cruel y tan obstinadamente á San Pablo, estando en opinión del más ilustre y más ardiente defensor de la divinidad de Jesucristo. Por eso, luego que le tuvieron en su poder, determinaron deshacerse de él, y con este fin le encerraron en un calabozo muy estrecho y muy oscuro, sin darle de comer, con esperanza de que el hambre le quitase la vida; pero, entrando á verle al cabo de seis días, y encontrándole todavía vivo, le ahogaron con un cordel el día 7 de Enero del año 351. Así murió este glorioso defensor de la consubstancialidad del Verbo, después de haber sido arrojado cuatro veces por los arrianos de su Silla Patriarcal y padecido los más bárbaros tratamientos que pudo inventar el furor de los herejes, terminando su carrera, después de tan esforzados combates, por un ilustre martirio en el mismo lugar de su destierro. Diéronle sepultura en Cucusa, de donde, poco tiempo después, fue elevado de la tierra su cuerpo con mucho honor, y, conducido á Ancyra, de donde el año de 381 el gran Teodosio le hizo trasladar con pompa y con solemnidad á Constantinopla, conduciéndole como en triunfo, colocándole en la iglesia de la Paz, que había reedificado el impío Macedonio, enemigo y perseguidor de nuestro Santo. Asegúrase que, andando el tiempo, en el año de 1226 fue llevado el santo cuerpo á Venecia, y depositado en la iglesia de San Lorenzo, donde es honrado y venerado con tanta devoción como concurso del pueblo.

**La Misa es de la Dominica precedente, y la**

## **oración del Santo la que sigue:**

**Atended, ioh Dios omnipotente! á nuestra flaqueza; y pues nos oprime el peso de nuestras culpas, sostenednos por la intercesión de nuestro bienaventurado mártir y pontífice Pablo, mediante la de vuestro Señor Jesucristo, que contigo vive y reina...**

**La Epístola es del cap. 8 del apóstol San Pablo á los romanos.**

**Hermanos: ¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿Acaso la tribulación? ¿Acaso la angustia? ¿Acaso el hambre? ¿Acaso la desnudez? ¿Acaso el peligro? ¿Acaso la espada (como está escrito, por Ti cada día somos condenados á muerte, se nos reputa como ovejas destinadas al cuchillo? Pero en todas estas cosas somos vencedores por Aquel que nos amó. Yo, pues, estoy cierto de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni la altura, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura, podrá separarnos de la caridad de Dios, la cual está en Cristo Jesús Señor Nuestro.**

## **REFLEXIONES**

***¿Quién nos separará de la caridad de Cristo?* Todo aquello que fuere contra su santa Ley; todo lo que se opusiere á su espíritu; todo lo que fuere contrario á sus preceptos; en una palabra, todo aquello que extingue en nosotros la gracia y la caridad. *¿Quién nos separará del amor de Jesucristo?* Demasiadas cosas son las que nos separan de El: una pasión, un vil interés, nuestro amor propio. Cada cual se ama á sí mismo, y todo lo demás ha de ceder á este amor. Mas ¿qué se hace por nuestro Dios, por su amor y por su gloria?. ¿Qué se piensa hacer? ¿Qué se sacrifica? En esos ambiciosos proyectos, en esas**

vastas ideas, en esas empresas peligrosas ¿se le consulta á Dios? ¿Camínase hacia ellas tomando por norte las luces de la fe? ¿Sirve de regla el Evangelio á todas esas medidas? ¿Cuéntase mucho con la salvación y con la religión para el gobierno de toda nuestra conducta? *¿Quién nos separará?* Pero qué, ¿estamos muy unidos á Jesucristo? Juzguémoslo por nuestra tibieza, por nuestra indevoción, por nuestras máximas, por nuestra cobardía en el servicio de Dios, por nuestro desacato en el templo, por nuestra irreverencia. ¿Unidos á Jesucristo? No lo estamos sino á nuestra sensualidad, á nuestros sentidos, á nuestras conveniencias, á nuestras inveteradas costumbres, de las cuales no nos han podido desviar todos los amorosos, todos los solícitos halagos de Jesucristo. Hemos tenido la desdicha de estar separados del amor de Jesucristo durante el curso de nuestra desordenada vida. Pues la muerte separará á un infeliz condenado de este mismo amor por toda la eternidad. ¡Buen Dios, qué cruel, qué funesta separación, qué horrible! Pero ésta es la desdichada suerte de todos los que mueren en vuestra desgracia.

### **El Evangelio es del cap. 5 de San Mateo.**

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Habéis oído que se dijo: Amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo: Amad á vuestros enemigos; haced bien á aquellos que os aborrecieren, y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los Cielos; el cual hace que salga su sol sobre los buenos y sobre los malos, y envía la lluvia para los justos y para los injustos.

## **MEDITACIÓN**

**De la murmuración.**

**PUNTO PRIMERO.—**Considera que la murmuración es uno de los pecados más graves, y, por consiguiente, cuyo perdón sea quizá más dificultoso. El amor del prójimo es como la basa y el cimiento de nuestra religión; por lo menos, en parte es la señal que caracteriza y distingue los discípulos de Jesucristo: la señal, dice el mismo Salvador, por donde todos conocerán que sois discípulos míos, será si os amareis los unos á los otros; éste es mi mandamiento: que recíprocamente os améis como yo os amo á todos. Dio aquel pobre un desgraciado tropiezo, que sólo le supo Dios, el cómplice de su miseria y algunos otros pocos tan cristianos como prudentes; borró luego con la penitencia este pecado; tiénele olvidado el mismo Dios, pero la murmuración le resucita. Opónese á la misericordia del mismo Dios, porque eterniza y, en cierta manera, castiga lo que El perdona. Escoja Dios los más fieles y más celosos ministros suyos, envíe sus héroes para convertir los pecadores; un golpe de lengua hace inútiles é infructuosos todos sus trabajos; frustra, por decirlo así, los más ordinarios recursos de la Divina Providencia. ¿No es la maledicencia la que apaga la caridad, la que rompe los más estrechos lazos, la que siembra las más mortales discordias, la que emponzoña las acciones, más inocentes, la que enciende los odios más irreconciliables, la que tizna la reputación más brillante, la que desacredita la más sólida virtud y la que sofoca todas las prendas y todo el mérito de los sujetos más recomendables? Vicio execrable á los ojos de los hombres, abominable á los de Dios, peste de las comunidades religiosas. No tiene la sociedad civil enemigo más mortal. ¿Qué pecado llegará á su fea, á su negrísima malicia?

**PUNTO SEGUNDO.—**Considera que la murmuración es pecado tanto más grave, cuanto, en cierta manera, casi es irremisible, por la moral imposibilidad de resarcir el daño que causa.

**A los pecados más enormes puede seguirse un arrepentimiento tan vivo, una contrición tan perfecta, que Dios, cuyas paternas entrañas están llenas de amor y de misericordia con los pecadores verdaderamente contritos, se los perdona todos; todos los absuelve una confesión sincera y dolorosa: en la maceración de la carne y en la mortificación del cuerpo y del espíritu, unidas á los méritos de nuestro Señor Jesucristo, hay fondos para todas nuestras deudas, digámoslo así, personales; pero éstos no alcanzan para satisfacer por la detracción. Detesta en buen hora con horror éste tu pecado; despedaza tu corazón con el más vivo dolor de haberle cometido; confiesa tu culpa con la mayor sinceridad; castiga tu lengua murmuradora como merece su delito; todo es muy justo, todo muy loable, todo es de mucha importancia; pero todavía te resta una obligación indispensable. Aquella persona inocente, cuya reputación tan feamente manchaste, en cuyo honor echaste ese negro borrón, te está pidiendo la restitución de su crédito; y ni el mismo Dios te quiere perdonar ese pecado hasta que repares el enorme daño que causaste á tu hermano, hasta que borres y laves la mancha que estampaste en su asentada estimación. Pero eso ¿te parece que será muy fácil?**

**Es la reputación aquella buena opinión que los hombres tienen de la bondad, de la virtud y del mérito unos de otros; destruyese esta buena opinión por la detracción en el concepto de los que la oyen; ¿cómo podrá volver á repararse? Es una luz que apagó la maledicencia; ¿cómo se podrá volver á encender? La murmuración es una especie de persecución que el mundo tiene como declarada á la virtud; pocos santos se libraron de ella; ella ejercitó bien la paciencia de San Pablo de Constantinopla. A nadie perdona la murmuración; pero ¡cuál será en la eternidad la suerte de los murmuradores!**

**Dios mío, pues aquella recíproca caridad que tanto nos encomendáis es un remedio tan poderoso contra la maledicencia, concededme, Señor, esta importantísima virtud. Ella me abrirá los ojos para que vea mis propias miserias, y me los cerrará para que no repare en las de mis hermanos; ó, por lo menos, ella sellará mis labios para que callen, ó no se abran sino para excusarlas.**

## **JACULATORIAS**

**Yo dije: de aquí adelante pondré gran cuidado en que no se deslice mi lengua.—*Ps.* 88.**

**Desviad, Señor, lejos de mí toda mentira y toda murmuración.— *Prov.*, 30.**

## **PROPÓSITOS**

**1. Es la murmuración un discurso injurioso y perjudicial al honor del prójimo. Todo lo altera y todo lo desfigura. Erige voluntariamente un inicuo tribunal para juzgar las acciones y aun las intenciones ajenas, que con presunción y con temeridad va á indagar hasta en lo más escondido de los corazones. Nace siempre de cierta secreta envidia de la virtud, del mérito, de los talentos y de la estimación de los otros; por eso tira á obscurecerlos, á ajarlos, á abatirlos, afectando despreciar aquello que nunca pueden llegar á merecer. Se puede decir sin exageración que la maledicencia se ha levantado el día de hoy con todo el comercio del mundo; desmaya la conversación, desfallece, cansa, se acaba luego si no la alegra, si no la da espíritu, si no la sostiene la murmuración. En medio de eso, nada es más peligroso para la salvación, nada se debe evitar más, nada es más digno de temerse. Hay corazones tan malignos, genios tan naturalmente propensos á la mordacidad, que todo lo emponzoñan; míralos con horror,**

**huye de su trato, y está cierto de que la inclinación y la costumbre de murmurar es una de las señales menos equívocas de reprobación.**

**2. Hay muchos modos de murmurar. Murmurase imputando falsamente algún delito á una persona inocente, y entonces es calumnia. Murmurase dando por cierto lo que solamente se oyó una vez vaga y dudosamente; murmurase descubriendo una falta verdadera, pero secreta; murmurase comunicando á otro lo que se le confió; murmurase haciendo público un hecho que sabían pocos; murmurase diciéndoselo en secreto á una sola persona, sin grave necesidad ó motivo que obligue á hacerlo; aun tratándose de cosas públicas se puede pecar refiriéndolas con exageración, añadiendo datos y particularidades que no se sabían, y las hacen más feas, ú omitiendo de estudio algunas circunstancias que disminuyen su torpeza. No suelen ser menos amargas las que se hacen en tono de zumba; hasta el bajo ejercicio de remedar suele ser especie de maledicencia. Propon con la mayor seriedad evitar cuidadosamente todos estos géneros de murmuraciones, y no decir jamás cosa que pueda hacer ridículo á otro, huyendo de hablar aun de aquellos defectos puramente naturales.**